

las crisis políticas argentinas

• ARGENTINO MOYANO COUDERT S. J.

NOCION DE POLITICA

VIVIMOS una de las más agudas crisis de la historia política del país. El panorama político está lleno de confusión. Muchas mentes y muchos grupos están desorientados. No saben cómo interpretar lo que está pasando, ni qué actitud tomar. Por eso hemos estimado conveniente hacer una serie de reflexiones que, a un nivel más profundo que el de los sucesos particulares o anecdóticos, o el de la actuación concreta de determinadas personas de nuestra escena política, nos ayuden a colocar el momento político dentro de nuestro proceso socio-histórico. Es la coyuntura socio-histórica la que da lugar a los sucesos con-

cretos y a la actuación de los personajes, que resultarían incomprensibles y sin sentido considerados aisladamente, al margen del proceso de desarrollo y transformación.

Un ilustre visitante belga, no hace muchos días —en conversación privada— requerida su impresión sobre la situación del país, respondió sobriamente: "En Argentina todo el mundo habla de política, pero nadie hace política". Es verdad. Entre nosotros todos hablan de política, pero muy pocos "hacen política". La respuesta del ilustre visitante nos servirá de punto de partida para el análisis de nuestra actual coyuntura política. Una clara noción de "política" es necesaria para explicarnos y comprender el momento de crisis que estamos padeciendo. También

para acercarnos al sentido, —con sus posibilidades y limitaciones—, que este momento puede tener dentro del proceso de desarrollo nacional.

“Político” en su sentido original y primigenio es lo referente a la “polis”, la comunidad total y organizada, englobante y no especializada, que constituye el ámbito práctico mayor en que se realiza nuestra convivencia humana. Las otras sociedades —familia, municipio, gremios, asociaciones educacionales, culturales, deportivas, industriales, económicas, etc.— son “especializadas”; su finalidad es satisfacer especiales necesidades humanas o ayudar al desarrollo de la persona en determinadas direcciones. No así la sociedad política que es, o quiere ser, “comunidad total” y, como tal, engloba las sociedades menores, las coordina, armoniza y jerarquiza, para que del conjunto de la actividad armonizada de todas ellas resulte el bien común, que es posibilidad real de desarrollo pleno para todos sus miembros en la medida y con los medios máximos que las circunstancias concretas ofrecen. Todo lo que afecta al bien común y condiciona nuevas posibilidades de bienestar y desarrollo humano cae directa o indirectamente bajo la órbita de lo político. La política es “arquitectónica”, decía Aristóteles.

La política es, ante todo, quehacer, actividad organizadora o directora de la vida en comunidad. La política es dinámica en un doble sentido. Cada época ofrece nuevas circunstancias sociales, económicas, técnicas, culturales, que amplían las posibilidades concretas del desarrollo humano y quedan incorporadas al bien común. Una serie de actividades econó-

micas y culturales que en otra época y en otros esquemas de convivencia pudieron quedar al margen de la actividad propiamente política, hoy, por su relación al bien común, quedan afectadas al control o dirección políticas. Para poner un ejemplo: hasta hace no muchos años la construcción, distribución y financiación de viviendas quedaba en manos de la actividad estrictamente privada. Hoy, cambiadas las circunstancias y también aumentadas las posibilidades, a nadie se le ocurre que las necesidades de las familias puedan ser satisfechas, ni los recursos de la sociedad plenamente utilizados en este orden, sin una “política de viviendas”, que ha hecho necesaria en algunos países la creación de un “Ministerio de la Vivienda”. Es inútil —y dañoso a la sociedad— pretender conservar, como definitivos, esquemas políticos que pudieron ser aptos en otras épocas, pero que hoy están superados y han perimido. Desgraciadamente, pasa en nuestro país que sectores dirigentes en el orden social, político, económico y cultural, por no se qué rigidez de alma y ceguera de mente, continúan aferrados a esquemas que la realidad ha sobrepasado. Volveremos sobre este tema.

Y la política es también dinámica en otro sentido. No son estáticos el enmarcamiento y límites geográficos-humanos en que se realiza la comunidad total, suficiente y englobante que logra el bien común. A la Polis griega han sucedido, en el tiempo, el Imperio, la Cristiandad, los Reinos, las Naciones. En estos momentos la Nación, hasta ahora unidad política, está siendo desbordada por la dinámica del proceso histórico y avan-

zamos hacia bloques de Naciones. Hay todavía, entre nosotros, quienes pretenden explicar nuestros problemas por un puro proceso de desarrollo interno. El momento del proceso no puede entenderse al margen del proceso de evolución —o revolución— sociopolítica que afecta todas las estructuras del mundo contemporáneo y, mucho menos, del proceso que afecta a los países en desarrollo y más en concreto a los países latinoamericanos. Existen todavía, entre nosotros, sectores, que pretenden ser dirigentes, y que no ven en los difíciles problemas que enfrentamos y en la aguda crisis que vivimos sino las consecuencias de un régimen que dejó de existir hace años. No ven, o no quieren ver, que uno de los fenómenos característicos del desarrollo político moderno es la incorporación de los sectores humildes y laboriosos a una participación más plena en la vida política, económica y cultural de la comunidad, y que este proceso de ascenso y asimilación, en casi todos los países ha sido tumultuoso —por reivindicativo—, y caótico, porque ha derrumbado estructuras seculares.

El hecho importante y de fondo que tiene que enfrentar todo ordenamiento político moderno es, junto con una revolución técnico-industrial, el acceso y la asimilación de las masas a la vida comunitaria. El hecho significa un adelanto político y humano y responde a una exigencia de justicia. Como tal debe ser admitido, estimulado, canalizado. Hacerlo requiere serenidad de visión y decisión para construir nuevas estructuras de convivencia, derrumbando las superadas; romper esquemas mentales inadaptables

a las nuevas necesidades; obligar a los intereses de grupos y de particulares a someterse a las nuevas exigencias del bien común que nos imponen la promoción social y el desarrollo económico. Es éste nuestro problema político de fondo y hay que encararlo de frente. Explicar la crisis que vivimos por las deficiencias y errores de un régimen que pretendió encarnar una revolución social es plantear el problema a un nivel de superficialidad a que no tienen derecho quienes aspiran a ser dirigentes de sus conciudadanos. Si este proceso de revolución social no se hubiese realizado a través de tal régimen lo hubiera hecho a través de otro. Las exigencias sociohistóricas pueden ser canalizadas, jamás contenidas. Aquí lo profundo y definitivo es el proceso social. Menos importante y transitorio, la forma concreta que presentó entre nosotros. Tanto o más que los errores de tal régimen, han turbado y turban al país la actitud de quienes pretendiendo rechazar tales errores están desconociendo y oponiéndose a un proceso de revolución social que es irreversible. Ignorarlo es colocarse al margen del tiempo y de la realidad.

Retomamos la noción de política. Política, en su sentido más legítimo, es la actividad de los hombres, miembros activos de una comunidad —gobernantes y gobernados— estructurando, administrando, gobernando su propia comunidad total. En el quehacer político, aunque distintas, no son separables la actividad de gobernantes y gobernados. La política es actividad; requiere participación activa. No debe confundirse cuerpo social con cuerpo político. El cuerpo social incluye

elementos políticamente pasivos. El cuerpo político supone, en todos sus miembros, activa participación. Como ya señalábamos, uno de los fenómenos propios de nuestra moderna civilización y que más la caracteriza es el acceso de las masas a una vida política activa y consciente. O más simplemente, su incorporación a la vida política. Es un hecho nuevo en la historia de la humanidad. Y crea no pocas turbaciones, ni pequeños problemas. Durante siglos de la vida política sólo participaron sectores privilegiados de la población. Baste a este propósito recordar que Inglaterra, modelo de las modernas democracias, recién al finalizar la primera guerra mundial reconoció el sufragio universal. Las masas exigen (tienen derecho) una real participación, no una ficción jurídica. La asimilación de estas multitudes al cuerpo político, hasta hace poco de hecho marginadas, implica los problemas de promover sus ascensos económico, social y cultural. Es éste uno de los graves problemas de toda política contemporánea que los argentinos reconocemos de palabra, pero que no nos atrevemos a encarar decididamente y en todas sus consecuencias.

POLITICA COMO ADMINISTRACION Y POLITICA COMO ESTRUCTURACION

Dos aspectos esenciales tiene la noción de "política". Aspectos, aunque complementarios, distintos. Los autores no suelen señalarlo suficientemente. Advertirlo es necesario —e iluminador—, para un rec-

to planteo de múltiples problemas concretos que afectan en profundidad a las modernas comunidades políticas en evolución y desarrollo. Y para entender no sólo el momento, sino toda la dinámica de nuestro quehacer político nacional.

Toma características diversas la función política según se ejerza en comunidades organizadas, en organización o caóticas. En una la función primera será estructuración; en otras, administración.

Política es "administración" y "estructuración" de la polis. Gobernar es administrar y estructurar la comunidad. Es el sentido del "politeuo" griego. "Politeuo" es organizar, estructurar, administrar, gobernar la comunidad. No tiene equivalente ni traducción exacta en nuestra lengua. Tendríamos que traducirlo como "hacer política". Y en este "hacer política" existen dos niveles: por una parte es organizar y estructurar una comunidad; por otra administrarla. Son aspectos distintos de la función política, siempre incluidos en toda "buena política". Aunque en proporciones muy diversas.

Cuando una comunidad está ya estructurada, sea porque ha logrado estabilidad, sea porque su desarrollo ha encontrado cauces para su dinámica, cuando existen estructuras de organización y criterios de convivencia que son prácticamente aceptados por todos sus miembros, el quehacer político se convierte en simple dirección. Queda simplificado y facilitado. Pero cuando una sociedad no está estructurada, sea porque vive un proceso de revolución, sea porque se han roto los moldes de la convivencia, sea porque no se encuentran los cauces para su desarro-

HONESTIDAD, SABIDURIA,
REALIDAD

llo, la tarea política se torna más compleja, difícil y profunda. La lucha política se exacerba y torna áspera; no se lucha por la conducción de una sociedad, sino por su misma organización. En esta segunda dimensión se coloca el problema político argentino, como el de casi todos los países en vías de desarrollo. Dura y profunda se ha hecho entre nosotros la tarea política: no se trata tanto de dirigir una comunidad, cuanto de organizarla. Tarea no fácil porque en los miembros de la comunidad existen diversidad de intereses y pluralidad de criterios —con frecuencia antagónicos— que quieren señalar las normas para la estructuración.

Solemos, con frecuencia, los argentinos, contraponer nuestra fluctuante y agitada vida política, a la estable y serena política de otros países como EE. UU. o Inglaterra. Pero las circunstancias son muy distintas. Los norteamericanos —republicanos o conservadores—, los ingleses —laboristas, liberales o conservadores—, están fundamental y profundamente de acuerdo con la estructuración política y criterios de convivencia vigentes en sus respectivas comunidades. Sus divergencias son de acento o de realizaciones prácticas. No así entre nosotros donde los diversos sectores que intervienen en la vida política divergen en los criterios mismos y aspiran a través de la función política, a realizar estructuras y tipos de convivencia opuestos. De ahí que resulta comprensible que cada gobierno se sienta tentado a destruir la obra comenzada por los gobiernos anteriores y pretenda implantar otro tipo de estructuraciones.

Una última reflexión antes de sacar las consecuencias. La función política es, por sí misma, una función de honestidad y de sabiduría. Honestidad para la administración, justicia para la distribución de cargas y beneficios. Sabiduría para captar y dar solución a los problemas de la convivencia, lograr la adhesión de los miembros a la tarea común, prever las necesidades futuras de la comunidad y adelantar los elementos para satisfacerlas. Un gobernante requiere honestidad y sabiduría. Sin ellas no cumple adecuadamente su misión. Pero son cualidades distintas que pueden darse por separado. Los argentinos somos propensos a confundirlas. Ante la falta de honestidad de un grupo gubernamental rechazamos en bloque su obra, sin detenernos a considerar lo que hubo de sabio y acertado en su gestión. Nos ciega la pasión partidista y carecemos de serenidad. O bien creemos que la honestidad y sentido de justicia es una garantía de acierto político, sin darnos cuenta que gobernantes honestos, pero carentes de sabiduría, pueden ser nefastos para la comunidad.

Se habla mucho de la carencia de moralidad político-administrativa. Nos olvidamos prácticamente de la carencia de sabiduría política. Tanto mal nos está haciendo una como otra. Padecemos de una ausencia de elementos dirigentes en la sociedad. Personalmente estimo que hay suficientes hombres públicos honestos para la administración del país. Y que no es tan fácil encontrar los hombres doctrinal y técnicamente preparados para su conducción política. La dirección de una

comunidad, con la complejidad adquirida por los procesos socioeconómicos actuales, no puede continuar en manos de aficionados o autodidactas. Requiere una seria preparación. Réconforta en el panorama nacional el multiplicarse de grupos y cursos de estudio y preparación entre quienes aspiran a una intervención directa en la vida pública.

Comentando la crisis política un ex ministro me decía: "Los políticos culpan a los militares; los militares culpan a los políticos. Ni unos ni otros somos los principales responsables. Porque entre nosotros los políticos surgidos prácticamente de los comités, y los militares, somos ejecutivos del pensamiento y programa que se nos ha hecho. Aquí la gran responsable es la Universidad Argentina que se ha mostrado mucho tiempo incapaz de formar los elementos directores de la sociedad". Participo del juicio del señor ex ministro. Entre nosotros, la Universidad ha cumplido una grande y provechosa función social: ser trampolín para nivelación de clases. Un argentino, cualquiera sea su origen social, a través de su título académico queda en condiciones sociales que lo capacitan para actuar a todo nivel. No existen en la Argentina barreras de clases que sean infranqueables. Pocos países existen en el mundo de mayor permeabilidad social. Es una obra de que la Universidad puede legítimamente enorgullecerse. Pero no puede ostentar semejante orgullo frente a una tarea propia e irrenunciable: la formación de las minorías rectoras del país.

La falta de sabiduría política en los grupos dirigentes argentinos está patente en su incapacidad para captar y recono-

cer la realidad. Inteligencia es, ante todo, capacidad para captar lo real. Existen grupos dirigentes que se niegan a reconocer la realidad, porque es contraria a sus ideas, a sus sentimientos o a sus intereses. Prefieren negarla o ignorarla. Es uno de nuestros mayores pecados políticos. A la realidad se puede pretender modificarla, conducirla, encauzarla; pero no se la puede desconocer.

Mal política es, y falseada en su base misma, la que parte de un desconocimiento o negación —siquiera parcial— de la realidad que debe estructurar y dirigir. O la que carece de la inteligencia fundamental para interpretar en su justo valor, con sus posibilidades y limitaciones, su "blanco" y su "negro", la realidad que está ante los ojos. O la que cegada por prejuicios y temores cree que podrá lograr un orden y armonía en la convivencia nacional ignorando sectores de la realidad social, histórica o económica.

Generosas intenciones y altos propósitos éticos no bastan para una buena política. Son esenciales, pero no suficientes. No basta saber a dónde se quiere conducir la comunidad y por qué medios. Hay que comenzar por conocer la realidad social, económica, cultural —humana en su sentido más amplio—. Es menester conocer la historia y su dinámica, para captar las posibilidades y riesgos que cada coyuntura trae consigo y ofrece a la comunidad; es menester conocer el proceso de desarrollo en que se inserta cada momento de la vida comunitaria. Es menester conocer los hombres concretos que forman una comunidad, con sus miserias y grandezas, sus egoísmos y

sus generosidades, sus problemas y sus esperanzas, sus temores y sus necesidades. Sin esto no hay posibilidad de una política sana, estable y bienhechora.

No es característica argentina, en este momento, el sentido de la realidad. Existen sectores que llegan hasta a negar el carácter de argentinos a las líneas de desarrollo histórico, de pensamiento ideológico, o de planteos sociales y económicos que no están de acuerdo con sus propios criterios. Esta actitud negadora de realidades se encuentra en militancias políticas contrapuestas que se disputan la conducción del país. Analizar y explicar el hecho nos llevaría un espacio de que no disponemos. Pero no podemos dejar de señalarlo. Quien aspire a una conducción del país no lo logrará mientras no deponga tal actitud. Quien aspire a "hacer política", es decir, a estructurar y dirigir nuestra comunidad debe acercarse con el máximo de objetividad posible a la Argentina que es, no a la que "debió ser", a la que soñó, o la que a cada uno le gustaría que fuese. Cada persona o cada grupo que aspire a la tarea política tiene auténtico derecho a querer conducir la realidad nacional a aquel tipo de convivencia que, según sus propios criterios, estima como la más noble, conveniente y agradable, y a buscar las estructuras y los medios de acción conducentes a ella. Pero nadie tiene derecho a partir de un desconocimiento o falsa interpretación de la realidad.

CONCLUSION

Para captar y entender el momento de crisis que estamos sufriendo es menester

una toma de consciencia, profunda y nítida:

a) de que todo el mundo contemporáneo está sufriendo, desde hace años, una profunda transformación; una revolución socioeconómica que ha roto los antiguos modos de convivencia. El proceso revolucionario también está iniciado entre nosotros. Una revolución social, mal hecha e incompleta, se ha dado en nuestro país. Una revolución industrial, mal hecha y también incompleta, se ha dado entre nosotros. Transformar un país de economía primaria, agricolagandera, en un país industrial, implica un verdadero cambio de estructuras. Revolución social y revolución industrial no son procesos fáciles ni tranquilos. A los países europeos ambas revoluciones les ha costado un siglo de revueltas interiores y guerras exteriores. Estamos viendo el precio que debe pagar Cuba y el riesgo de costos para los países latinoamericanos. Menos es lo que nos ha costado a nosotros que, al fin y al cabo, vamos evitando el caos y la desesperación. Aunque debemos reconocer que en las condiciones de nuestro desarrollo histórico y con las posibilidades y recursos a nuestra disposición, ambas revoluciones pudieron hacerse más profunda y acabadamente, y con menos tensiones y sufrimientos sociales. De todos modos, tan malo no es el proceso del país cuando después de más de un año de carencia de gobiernos, no hemos entrado aún en el caos social. Quiera Dios que podamos aún evitarlo.

b) que este proceso social y económico que afecta en profundidad las estructuras del país no ha ido acompañado de la correspondiente evolución política.

Pretenden mantenerse estructuras y mentalidades que los hechos han superado. El poder político debió fomentar, encauzar y dirigir, el proceso de revolución socioeconómica. Se mostró incapaz de ello. De todos modos el proceso revolucionario se ha dado y debe completarse. Necesitamos otro tipo de política que sea capaz de encauzar las fuerzas dinámicas desorientadas de la comunidad hacia nuevos moldes de convivencia. Le ha faltado sabiduría política al grupo responsable de la conducción del país. Se han provocado sufrimientos, tensiones y angustia que han llevado al país al borde del caos. Estos grupos —cuya responsabilidad personal no pretendemos juzgar—, deben ser substituidos. Si continúan al frente del país, su carencia de sentido de la realidad nos conducirá irremediabilmente al caos. Lo más terrible en la situación actual es la carencia de dirigentes capacitados. Nuestras esperanzas están puestas en nuevas promociones que luchan por abrirse paso en el seno de diversos movimientos y partidos.

c) Cualquier proceso de recuperación política nacional debe comenzar por reconocer, sin temores, la realidad del país, por dura que sea, en todos los órdenes: político, social, económico. Pensar en una reconstrucción dejando marginados sectores políticos, sociales o económicos, no es, en el mejor de los casos, sino postergar el estallido del caos. Esta admisión de la realidad no basta hacerla de palabras o por conveniencias electoralistas. El país está saturado de quienes "hablan" de política. Espera a quienes "hagan" política. Hacer política es gobernar y estructurar realidades. ♦